

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. ERNESTO FLORES
ZAVALA, PARA CELEBRAR EL 50 ANIVERSARIO DE HABER
SALIDO DE LA ESCUELA NACIONAL
DE JURISPRUDENCIA

Señor Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Señor Director de la Facultad de Derecho, de la Universidad, su presencia nos llena de alegría y satisfacción porque concede gran categoría a este acto.

Distinguidos maestros, para ustedes la expresión de nuestro mayor cariño y agradecimiento por las horas que dedicaron y el entusiasmo que pusieron en transmitirnos los conocimientos asimilados por ustedes en tantas horas de estudio.

Queridas damas que hoy nos acompañan y que también nos han acompañado a lo largo de nuestras vidas, en las horas alegres y en las difíciles, para ustedes nuestra mayor devoción.

Compañeros míos y yo diría, mis hermanos,

Señoras y Señores:

En una fecha como esta hace diez años, decía que me gustaría llegar a un acto así, como lo hacen los peregrinos en el viejo mundo oriental, que cuando van a penetrar a un templo se despojan de sus sandalias para que el polvo del camino no manche la santidad de su oración. Así quisiera llegar en este momento en el que estamos penetrando en el templo del recuerdo y del cariño.

La mayor parte de nosotros surgimos de este grupo social que se conoce con el nombre de clase media, y que ha venido perfilando sus aristas después de la revolución francesa. Esta es la clase social de la que salen los mejores hombres en todos los países. Las clases altas dominadas por el exceso de riqueza, generalmente destruyen sus valores espirituales.

Las clases más bajas porque deben dedicar su esfuerzo a obtener lo necesario para su subsistencia, no están en condiciones generalmente, de realizar los ideales de investigación, de estudio, de esfuerzo para conquistar niveles más elevados. El hombre de la clase media, que no se encuentra absorbido por la dura lucha con la vida ni se encuentra tampoco enloquecido por el uso excesivo de la riqueza, puede con serenidad, con tranquilidad, buscar la forma de superarse, porque generalmente no está conforme con el medio en que vive, y trata de conquistar estratos superiores, pero

no por medios ilícitos ni en afanes materialistas de riqueza, sino por medio del desarrollo espiritual, de la conquista, de la cultura y del conocimiento, que el día de mañana le permitirán figurar entre los filósofos, los poetas, los maestros, los juristas, los científicos, los investigadores, sirviendo no solamente a sí mismo, sino en un afán mucho más amplio sirviendo a la colectividad.

Impulsados por estos afanes nosotros buscamos el ingreso a la Universidad.

Es una larga historia, la que está vinculada al nacimiento y desarrollo de la vida de las instituciones conocidas con el nombre de Universidad.

La palabra tiene su origen en las voces latinas *universitat* o *universitate*, que significan "comunidad" o corporación y que más tarde se limitaría a la designación de los gremios de maestros y estudiantes.

La máxima institución de la cultura se inspira en la necesidad que ha sentido siempre el hombre de saber y de transmitir este saber, y de allí que siempre hayan existido ciertas mentalidades selectas, que al atesorar los conocimientos de su época, van formando en torno pequeños grupos de ávidos oyentes que desean escuchar y asimilar a su vez su amplia sabiduría.

Se dice que fue en el reino de Ur, ciudad que se había perdido y que fue descubierta por casualidad, siguiendo los relatos de la Biblia, en el extremo oriental de Mesopotamia, en donde existieron las primeras escuelas en las que se enseñaba a leer y a escribir a quienes querían ser sacerdotes.

Es en Grecia en donde el pensamiento cobra plena libertad y florecen las artes, la ciencias y la filosofía; con Pitágoras surge la primera escuela en la que se estudiaba música, matemáticas, física, derecho político, el arte de curar, la gramática y la retórica. Los sofistas fueron los primeros que se dedicaron a la enseñanza, cobrando por esa actividad, pero por su falta de sentido ético se levantan contra ellos en Atenas, Sócrates y su discípulo Platón y éste crea, en los jardines de su amigo Academus la primera Academia.

La Escuela de Atenas desapareció en el año de 529, y la cultura pasa a Roma, en donde florece el Derecho, que ha perdurado hasta nuestros días con el nombre de Derecho Romano.

Después de las invasiones de los bárbaros, el clero, necesitado de preparar sacerdotes, crea en torno del monasterio y de la iglesia, fuentes de cultura.

San Benito funda el Monasterio de Monte Casino, que enseña a los novicios a transcribir manuscritos.

En España el movimiento cultural se desarrolla en los siglos VII y VIII y destaca San Isidro de Sevilla, que escribe una obra llamada *Etimologías*, en veinte libros, que habrá de servir de texto en toda Europa.

En el siglo XI, después de una centuria de decadencia, vuelve a surgir el esfuerzo por la cultura y aparecen las universidades de París, de Bolonia, Florencia, Milán y Hamburgo.

En la Universidad de París se concentra gran número de estudiantes y de maestros, muchos de ellos llegados del extranjero y el conjunto de estudiantes y maestros empieza a constituir un grupo privilegiado, con el apoyo a veces de los soberanos y otras veces del Sumo Pontífice.

En la Universidad de Bolonia, se hizo una especialidad el estudio del Derecho.

En España se pueden citar los estudios generales que se hacían en Palencia, bajo la protección de Alfonso VIII y en Salamanca, que adquiere la categoría de Primera Universidad de España. Se enseñaban lenguas, medicina, derecho civil y canónico.

En México los españoles trataron de crear un ambiente similar al de su patria y surge por la necesidad de formar nuevos sacerdotes, la creación de centros de enseñanza.

Rodrigo de Albornoz, en carta a Carlos V, le pide que ordene la fundación de un colegio en donde les enseñen a los hijos de caciques y señores, gramática y filosofía y Hernán Cortés ordena la creación en Coyoacán de un centro para el estudio de Teología y Derecho Canónico.

El Colegio de Santiago Tlaltelolco, fue fundado por el Virrey D. Antonio de Mendoza y al mismo tiempo en distintos lugares de la República los franciscanos fundaron estudios conventuales.

Fray Juan de Zumárraga, solicitó la fundación de una Universidad en la Nueva España y por Cédula expedida en Toro, por Felipe II, se ordena la fundación de la Universidad de todas las artes, donde los naturales e hijos de españoles sean instruidos, y así la Universidad de México fue real y el Papa Clemente III, le otorgó el título de Pontificia.

El 25 de enero de 1553, el Virrey D. Luis de Velasco, seguido del Primer Claustro Universitario, se dirige del Palacio al Edificio de la Universidad que se encontraba al costado oriente de la Catedral y en medio de gran solemnidad, Cervantes de Salazar dicta en latín, la primera cátedra universitaria en nuestro país.

Después surgen la Universidad de Guadalajara y los colegios de Puebla, Mérida, Chiapas y Guanajuato.

Al iniciarse la Independencia, la vida universitaria estaba en decadencia, pero se encargó al Doctor Mora que formara un plan de reforma del Colegio de San Ildefonso y se nombró una comisión de más de 40 personas para formular un programa de estudios. Lucas Alamán, en 1830, presenta un Plan de Reformas; Don Valentín Gómez Farías crea una Comisión para el estudio del sistema educativo, pero que llega a declarar que la Universidad es inútil y se suprime.

Santa Ana reabrió las universidades y en 1843, se formaron nuevos planes de estudio. En 1850 el Gobierno Liberal nombra una Comisión, para el estudio de estas cuestiones, pero más tarde el Archiduque Maximiliano, ordena la clausura de la Universidad, refugiándose la educación superior y profesional en diferentes escuelas dependientes del gobierno.

Don Justo Sierra realizó esfuerzos para crear la Universidad Nacional, dentro de la escuela liberal declarando que estaban inspirados por sistemas acomodados a nuestro espíritu democrático.

El 18 de junio de 1910, se publica el Decreto del Presidente Porfirio Díaz creando la Universidad Nacional de México. Era la coronación del plan liberal en materia educativa.

La Universidad se creó con las Escuelas Nacionales de Preparatoria, de Jurisprudencia, de Medicina, de Ingenieros, de Bellas Artes y altos estudios.

Como es natural, la Universidad fue agitada por el movimiento revolucionario de 1910, pero surge después bajo la influencia de José Vasconcelos y de Antonio Caso, y fue Vasconcelos el autor del lema: "Por mi raza hablará el espíritu".

Dentro de esta Universidad existía la Escuela Nacional Preparatoria cuyo edificio, que se encuentra en las calles de San Ildefonso, fue el primer recinto al que nosotros penetramos en nuestro afán de cultura.

La Escuela Nacional Preparatoria era una continuación del Colegio de San Ildefonso, que fundaron los Jesuitas en 1692, y que siguió las vicisitudes derivadas de la expulsión de sus directores.

La Ley Orgánica de la Instrucción Pública del D. F., expedida en el gobierno de D. Benito Juárez, reformó el sistema educativo y creó la Escuela Nacional Preparatoria, desapareciendo el Colegio de San Ildefonso.

El pensamiento dominante fue el positivismo de Augusto Comte, expuesto por D. Gabino Barreda, quien fue diez años director de la Escuela.

Más tarde, en contra del positivismo surgieron las tesis de José Vasconcelos y de D. Antonio Caso, quien fundaba tres filosofías: la de la vida, don supremo, la intuición para llegar a la acción y la acción para llegar a la realidad.

Y qué maestros, compañeros: Gómez Morín, Lombardo Toledano, Julio Torri, Pedro de Alba, Miguel Ángel Ceballos, Narciso Bassols, Erasmo Castellanos Quinto y otros igualmente eminentes.

Quién puede olvidar a los Directores de la Escuela. En nuestra época Vicente Lombardo Toledano y el Dr. Ángel Vallarino y aquel prefecto que era nuestro terror que fue el "Camarón" Durán.

Un recuerdo para aquellas empleadas que tan cariñosamente nos ayudaron: la Srita. Rico Aurorita Pimentel, Esperancita Navarro y aquel guardia fuerte pero cariñoso D. Trini o Trinito.

Dentro de sus amplios corredores y sus hermosos salones recibimos las primeras enseñanzas que nos abrían todo un universo de conocimientos; en sus patios oímos los discursos de tantos compañeros brillantes que ya

se habían destacado en la huelga estudiantil de 1923 y que después lo harían en 1929. Cuántos oradores surgieron de los concursos de oratoria organizados por *El Universal*. Ahí escuchamos a Alejandro Gómez Arias, José Muñoz Cota, Salvador Azuela, Luciano Kubli, Roberto Ortiz Gris, Andrés Serra Rojas, Antonio Carrillo Flores, Pacheco Calvo, Brito Rosado, García Formentí y otros que nos fascinaron con su palabra fácil. Los literatos formaron el grupo de los Contemporáneos y muchos pensamientos se expresaron en los periódicos estudiantiles como *El Mundo Universitario*, *Polícromía*, *Tribuna Estudiantil* y otros. Francisco Monterde Izcabalceta publica *Antena* en 1924 y Salvador Novo, *Ulises* en 1927. De allí salió el grupo de soñadores que siguieron con fe y entusiasmo la campaña política de José Vasconcelos.

La amistad se fortaleció en los pequeños grupos, como "Los Cachuchas", el que después se llamó de "Los 7 sabios" y los que sin denominación, formamos algunos de nosotros a los que la vida y nuestra recíproca comprensión nos ha acercado.

Y de allí pasamos a la Escuela Nacional de Jurisprudencia.

Creo que vale la pena hacer una breve reminiscencia de los estudios de Derecho en México.

En la época pre-colonial, la enseñanza del Derecho se hacía en el Calmecac, en donde se instruía a los jóvenes nobles que iban a dedicarse a las actividades judiciales, primero en la cultura general y después en la de las leyes en sus diversos aspectos. La enseñanza era teórica y práctica porque debían asistir a los tribunales para observar de cerca los procesos.

Durante la Nueva España las necesidades de la administración pública, el desarrollo de la minería, de la agricultura, del comercio, la nueva organización de la propiedad territorial, la creciente legislación de los reyes y de las autoridades coloniales, hicieron que se solicitara primero de España, el envío de abogados y no siendo suficientes, se decretó que para ejercer en la Colonia bastaba con un examen en la Real Audiencia.

Al fundarse la Universidad de México, con siete columnas, una era cánones y otras leyes, siguiendo los principios de la Universidad de Salamanca.

El 13 de octubre de 1823, se dictó un Decreto por el Constituyente, para facultar a los colegios de la Nación para impartir cátedra de Derecho Natural, Civil y Canónico.

En 1833, la Escuela de Jurisprudencia se instala en el viejo Colegio de San Ildefonso. Después de la clausura de Maximiliano, la Escuela se reabrió bajo el gobierno de D. Benito Juárez con proyectos de D. Jacinto Pallares, Reyes Retana y D. Miguel Macedo y en 1902 un discurso de don Justo Sierra, es la base de la nueva Escuela de Jurisprudencia.

Nos sedujo el estudio de la ciencia del Derecho porque es la ciencia de lo bueno y de lo justo, es el principio de dar a cada quien lo suyo, que se ha ido desarrollando a través de las investigaciones jurídicas. Ha habi-

do una clara evolución en la enseñanza del Derecho. Cuando se crearon las cátedras se pensó en preparar abogados para la defensa de particulares, pero más tarde se consideró que era esencial el desarrollo de la investigación jurídica. Podemos afirmar ahora que el Derecho es y ha sido siempre un derecho social. Porque al decir de Recaséns Siches la base del Derecho es lograr la seguridad de los hombres y la seguridad sólo se logra a través de la comprensión recíproca, de la solución de las necesidades de los más, que es hablar de justicia social.

Y allí en esa Escuela recibimos las enseñanzas de maestros que eran los más distinguidos del mundo jurídico de México, que no ahorraron esfuerzos, ni horas de estudio par entegarnos sus conocimientos. Y nosotros nos ligamos a ellos no sólo con respeto sino con cariño. Alegres fueron las horas que allí vivimos y angustiosas las dedicadas a la preparación de los exámenes y en aquella época fuimos forjando también, a través de la explosión de nuestros sentimientos juveniles, los limpios amores sobre los que formamos nuestro hogar.

Pero un día, hace 50 años, las figuras de los maestros se perdieron en la sombra. Dejó de bajar el rumor de sus voces de lo alto de la cátedra, se apagaron las luces en los amplios salones, se perdieron nuestros gritos y nuestras bromas y nos alejamos de la Escuela que tanto queríamos.

Pero nuestra tristeza se ligaba a la alegría de poder iniciar una actividad profesional, frente a la que se abrían caminos numerosos. Era la vida y la vida es al decir de Rómulo Gallegos, toda horizontes como la esperanza y toda caminos como la voluntad. Y yo puedo decir con orgullo, que a lo largo de esos caminos se ha formado una generación a la que no puedo menos de calificar de brillante. Los que gustaron de la actividad política fueron Presidentes Municipales, Diputados, Senadores, Secretarios Generales de Gobierno, Gobernadores; los que gustaron de las funciones públicas fueron Directores, Oficiales Mayores, Subsecretarios; Directores de organismos descentralizados. Los de mayor riqueza espiritual fueron sacerdotes; en la carrera diplomática tuvimos embajadores en Indonesia, en Francia, en Bolivia, en Gran Bretaña; los que gustaron de la carrera judicial fueron Jueces, Magistrados, Ministros de la Suprema Corte; los que quisieron hacer investigaciones escribieron libros que han alcanzado gran número de ediciones; los aficionados a la enseñanza conquistaron los más altos grados académicos y docentes. Uno de nuestros compañeros fue fundador de las Escuelas Nocturnas, que pone la enseñanza al alcance de clases sociales que de otro modo no lo hubieran logrado. Ese compañero está fundando ahora la Universidad del Mar, para el aprovechamiento de sus recursos. Los periodistas han ocupado las páginas editoriales de los diarios y uno fue director de uno de nuestros más importantes periódicos. Los que amaron la actividad libre del profesionista conquistaron el respeto y la confianza de sus conciudadanos, por su lealtad, su honradez y sus conocimientos. Ellos cumplieron con los 10 principios que anunció

el gran Maestro D. Eduardo Couture y así podríamos decir de cada uno que es un triunfador dentro del campo en que se movió, por eso con orgullo y convicción afirmo que esta es una generación brillante.

Un día, a fines de 1932, un pequeño grupo de compañeros organizó una comida, a la que concurrieron como invitados de honor destacados personajes de la época como el Secretario de Educación Pública, el Director de la Facultad de Derecho, Magistrados y otros destacados funcionarios. Y entonces se formó, por una vinculación espiritual, esta generación 1928-32, que cuando menos una vez al año renueva sus lazos de cariño y de amistad.

Hoy, a cincuenta años de haber salido de la Facultad nos encontramos entusiastas y firmes frente a la vida. Y esto significa que le hemos arrancado la permanencia de la juventud, porque ésta existe cuando hay fe, entusiasmo, energía, cuando todavía amamos el esfuerzo constructivo y la actividad creadora, cuando podemos decir con el poeta: "si veo un nardo comulgo en su nieve, me enamora la música leve y en las tardes calladas e ignotas, con la luz agoniza mi alma, tal dos alas vencidas y rotas" y al amanecer de cada día ver que reverdecen nuestras ilusiones y nuestros anhelos, todavía interpretamos la sinfonía del sol en la playa, el eco de una fragancia, los acordes de la luna en el agua y es que la juventud es valor espiritual, que tiene vida por sí mismo, que nos permite disfrutar el recuerdo, pero también la esperanza.

Hoy, a 50 años de haber salido de la Facultad nos encontramos frente a uno de los momentos más difíciles de la Historia de México. No es que sea excepcional. Toda la historia de México ha sido un paso de la tragedia a la esperanza. La crisis de México existió durante gran parte del siglo XIX. Cómo no poder hablar de crisis en México, cuando por la situación del erario se tenían que hipotecar las Aduanas de Tampico, Veracruz y Acapulco, cuando en la Presidencia de la República los cambios eran constantes, cuando las mutaciones del pensamiento político pasaban de un extremo a otro. Cuando tres grandes potencias intentaron invadir el país para cobrar sus créditos y una lo hizo. Cuando el Presidente de la República D. Benito Juárez tenía como palacio su carruaje, en el que recorría los polvorientos caminos de México. Muy dura fue la crisis durante los diez años de la Revolución sangrienta; lo fue cuando la revolución cristera, que sacudió los espíritus y ensangrentó el centro del país; lo fue cuando el General Lázaro Cárdenas desafió el poderío de las grandes empresas petroleras, que amenazaban con cerrar los créditos totales a México y de provocar una invasión militar. Muchas horas difíciles hemos vivido y por eso, en las actuales, no debemos perder la fe en los destinos de México, ni la confianza en nosotros mismos y en el pueblo al que pertenecemos. Nosotros podemos ejercer gran influencia por nuestra cultura, por nuestros antecedentes, no sólo en nuestras familias sino en grupos sociales ligados a nosotros.

No es la hora de la flaqueza, ni del temor, ni de la huida. Recordemos las palabras del inolvidable maestro D. Antonio Caso, "Idealistas que os empeñáis en la salvación de la República, volved los ojos al suelo de México, a nuestro México querido, a nuestras costumbres y nuestras tradiciones; a nuestras esperanzas y nuestros anhelos, a lo que somos en verdad".

Y en este momento debemos reiterar nuestra confianza de que México surgirá, porque inspirar esta confianza, es una deuda que tenemos con nuestros hijos, con nuestros maestros, con la vieja Escuela Nacional Preparatoria, con nuestra querida Escuela Nacional de Jurisprudencia, con la Universidad y con esa Institución sagrada que es la Patria.